



José Pedro Manglano ▶ Sacerdote, doctor en Filosofía y teólogo

Resulta mucho más fácil ser perro que ser hombre, pero ser hombre es mucho más apasionante. Dicho así parece una perogrullada, pero no es sino un hábil recurso dialéctico que le sirve al sacerdote José Pedro Manglano como punto de partida de un libro sobre la felicidad.

TEXTO: FERNANDO FRANCO
FOTO: JOSÉ LORES

En realidad el libro se titula “22 maneras de caerse bien. Actitudes para conquistar la felicidad”, está editado en Planeta y dibuja una especie de mapa para la propia existencia a través de 22 “yoes”, entendemos que perversos: el yo salvaje, el yo paso, el yo molusco... Claro que, antes de este trabajo, ya dejó el padre Manglano por ahí su firma en otros, como “El libro de la Misa” y “El libro de la confesión”, aunque el recién salido no parece tener un tinte religioso como los anteriores.

Felicidad, sí, pero ¿qué es eso?

Si revisamos cada uno los momentos que hemos vivido de satisfacción plena vemos que han sido experiencias relacionadas con la unión con otros. Y eso lo vivimos como un anhelo. Por otra parte, en contraste, tenemos una tendencia hacia la soledad, hacia la disgregación, impulsada por sentimientos negativos como resentimientos, desconfianzas. La felicidad se da en ese pulso por vencer, dominar el yo y dirigirlo a la unión, a amar.

¿No hay gente que cree que puede comprarla en las farmacias?

La cultura actual nos ha querido transmitir que es posible ser feliz sin el dominio de uno mismo, sin la tensión por la superación, sin la fatiga del esfuerzo. Pero no es posible obtenerla en píldoras de farmacia.

O sea, que hay que conquistarla...

Dándose. Pero si es verdad que llega con la unión con los demás, también que sólo puedo darme en la medida en que me tengo y eso supone el dominio del yo.

Será que no hay que buscarla en el exterior sino en nuestros adentros...

Efectivamente. Todo el mundo lleva dentro de sí un paraíso o un infierno. Sin abrirnos a nuestro mundo interior todo el exterior se nos presenta como plano. Desde la riqueza interior lo de fuera nos parece rico y desde la pobreza, pobre.

Los jóvenes de hoy viven una situación de transformación social vertiginosa, de mucha desorientación...

El reto hoy es aprender a vivir el nuevo mundo que estamos haciendo, sin antecedentes históricos cercanos. Estamos creando una nueva civilización y estamos en el inicio y por eso lo importante es no despearnos de la verdad y de la persona.

Pobres adolescentes. A su crisis de identidad propia se le añade la crisis general...

Verdad. Vivimos una cultura de la sospecha –de la que ya hablaron Nietzsche,

“Todo el mundo lleva dentro de sí un infierno o un paraíso”



“La fe no es un producto industrial; en este nuevo mundo en que entramos la Iglesia tiene que aprender a estar y a comunicar con una nueva sensibilidad”

Schopenhauer...–, marcada por un gran racionalismo y que rechaza todo conocimiento o valor recibido. Sencillamente, por ser recibido, porque dicen que las cosas deben demostrarse a la luz de la razón.

¿Como una tabla rasa con el pasado, dice usted?

Sí, y el hombre se queda sin asideros, sin puntos de referencia, sin puertos en los que refugiarse. Eso es una torpeza que deja inermes, sobre todo, a los jóvenes.

¿Acaso la fe, la creencia en algo, puede suponer un camino?

La fe es una vía de acceso al misterio, a eso que supera al hombre. Cada religión hace una propuesta y en el cristianismo, en contraste por ejemplo con el budismo, la iniciativa parte de Dios, que va desvelando-

se. Qué duda cabe, por tanto, que la religión puede ser un punto de apoyo a la persona.

Tienen ustedes un déficit de jóvenes en las iglesias. ¿No necesitará el catolicismo un cambio de modelo? ¿No tendrá que olvidarse de la fe de masas?

Efectivamente, la fe no es un producto industrial, la religiosidad industrializada no puede funcionar. En ese nuevo mundo en que estamos entrando también la Iglesia tiene que aprender a saber estar y comunicar su contenido de un modo nuevo.

Y eso ¿es compatible con el mantenimiento de su identidad?

Lo es, porque las esencias se mantienen. No se ha fundado a sí misma sino que entiende que ha sido constituida por Cristo. Ese es el reto: siendo ella misma, saber hacerse al mundo actual en transformación para seguir cumpliendo su misión en el mismo.

Usted ha construido su último libro, “22 maneras de caerse bien”, por oposición a unos “yoes” metafóricos que van contra la felicidad...

Bueno, lo que yo quise decir es que la principal tarea que tenemos cada uno de los hombres no es el ser o no ser—porque está claro que somos aunque seamos prescindibles—, sino que el dilema es ser persona o estar en el mundo malviviendo con “yoes” contra los que hay que luchar.

¿Y qué es para usted ser persona?

El trabajo que cada uno tenemos entre manos, que es nuestro “yo”. La felicidad la hallamos en la medida en que vamos descubriendo cuál es nuestro papel, cuál el sentido de nuestra existencia; en el de saber hacer de nosotros personas amables y amantes, descubrir el poder sanador del amor y del humor...

Mirar la vida de una manera positiva ¿es una buena receta?

Puesto que la vida es positiva y preciosa, y merece la pena vivirla, la única mirada justa es la positiva. La felicidad es posible para todos y el mayor error es tirar la toalla.

¿Merece la pena vivirla a pesar de esa horrible certeza de la muerte?

Ahí sí que ayuda mucho la religión, el pensar que después de esta vida hay otra o que todo se acaba con el cuerpo. Claro, cuando uno piensa que es un agujero negro no es fácil superar cierta oscuridad. Aun sin la religión debíamos pensar que la vida es maravillosa. Todo depende de que sepamos que vivimos para amar, no para buscar “felicidades” contingentes.